RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Algranti, Joaquín

La realidad carcelaria y sus variaciones religiosas : un estudio sobre las formas de habitar los pabellones evangélicos

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Algranti, J. (2012). La realidad carcelaria y sus variaciones religiosas : un estudio sobre las formas de habitar los pabellones evangélicos. Revista de Ciencias Sociales, segunda época 22, 27-43. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1554

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Joaquín Algranti

La realidad carcelaria y sus variaciones religiosas.

Un estudio sobre las formas de habitar los pabellones evangélicos

> La institución total es un híbrido social, en parte comunidad residencial y en parte organización formal; de ahí su particular interés sociológico. Hay también otras razones para interesarse en estos establecimientos. En nuestra sociedad, son los invernaderos donde se transforma a la persona; cada una de ellas es un experimento natural sobre lo que puede hacérsele al yo.
>
> Erving Goffman

Introducción: situaciones amplificadas

El sistema penitenciario representa una expresión particular de las formas genéricas de las instituciones de encierro. Ellas presentan, para Goffman (2004: 17-25), dos coordenadas claves de interés sociológico. Por un lado, reconstruyen situaciones sociales del "afuera", pero amplificadas desde el encierro, es decir, un mundo en miniatura donde se exacerban ciertos rasgos selectivos de la sociedad, aunque no todos. Podemos decir que el "efecto lupa" hace foco exclusivamente en las exigencias y los requerimientos propios de cada medio y estos no se pueden extrapolar de manera mecánica entre sí. Por eso, en principio, no es lo mismo la vida de un interno en un pabellón, en un hospital psiquiátrico o en un convento de clausura, pese a que existen fuertes líneas de continuidad. Por otro lado, y retomando la cita inicial, el interés de los establecimientos

revista de ciencias sociales, segunda época
N° 22, primavera de 2012, pp. 27-43

de clausura radica en la enorme capacidad que poseen para transformar a las personas, redefiniendo la identidad social forjada extra muros sobre la base de las aptitudes que demanda el juego de adecuación activa y de resistencia al medio y las posibilidades que ofrece para producir una nueva definición de sí mismos y de la realidad que los rodea.

Las consideraciones realizadas nos permiten adentrarnos ahora en el caso puntual del Sistema Penitenciario Bonaerense y dentro de este en el modo específico en el que los grupos evangélicos actúan configurando formas alternativas de organización dentro de las cárceles. Quizás uno de los puntos de partida fundamentales, que nos obliga a realizar una lectura cautelosa de los diagnósticos consagrados de las instituciones totales, consiste en reconocer que actualmente el sistema carcelario en la provincia de Buenos Aires es un sistema en crisis. Los dos vectores más persistentes de este proceso refieren a la sobrepoblación de los pabellones y a la consecuente despacificación, que trastoca los niveles de violencia preestablecidos entre los internos y las estrategias de intervención de las autoridades penitenciarias. En este marco de redefinición de las reglas de juego cobra relevancia la presencia religiosa de los evangélicos en tanto grupo mediador entre los reclusos y las autoridades. Con diferentes grados de eficacia, los pabellones cristianos intentan producir una nueva síntesis de convivencia que contemple la canalización de demandas internas con el mantenimiento del orden institucional. Desde una clave de lectura pragmática, podemos decir que su objetivo implícito apunta a crear las condiciones de posibilidad para construir una definición alternativa de lo "real", el sentimiento de realidad en un orden invisible, según James (1996: 53-54), que rivalice con las visiones hegemónicas de los pabellones de población. Esto implica un trabajo activo de creación negociada de reglas, con sus premios y sanciones, también de jerarquías, de roles internos, sostenidos sobre la base de ritos de paso y consagración, el mantenimiento de formas preestablecidas de regulación del conflicto, un uso específico del lenguaje así como del cuerpo y la creación de espacios de sociabilidad y circulación de discursos. El resultado de nuestro "invernadero social" es la generación de un tipo genérico de subjetividad cristiano-carcelaria, plagada de matices y variaciones, imposibles de reducir a un modelo único de creyente. De hecho, lo que se construye y estabiliza son distintas maneras de habitar los pabellones evangélicos, como esperamos demostrar a lo largo del trabajo.

Siguiendo estos lineamientos, el objetivo del presente artículo consiste en explorar los aspectos relativos a la morfología de los pabellones cristianos donde se definen cadenas de interdependen-

cias y jerarquías, que fijan posiciones móviles de sujeto. Ellas constituyen formas de pertenecer y habitar un subuniverso religioso dentro del universo general del sistema penitenciario. Para ello nos proponemos, en el primer apartado, caracterizar los rasgos dominantes de las figuraciones carcelarias relacionados fundamentalmente con la crisis institucional y el modo en que la religión opera en este contexto. De allí se desprenden dos tipos de abordajes del fenómeno que nos gustaría revisar críticamente. A continuación, en el segundo apartado, estudiaremos el modelo de organización de la vida cotidiana de los pabellones, con su sistema de autoridad y sus mecanismos de formación de reglas, identificando los espacios de inserción que habilita a las personas que "llegan al Evangelio", para utilizar la expresión émica. Por último, en las conclusiones nos interesa reflexionar brevemente sobre lo que denominaremos el problema de la autenticidad en la vida religiosa, problema ligado a la pregunta recurrente –tanto para investigadores como para fieles– por el carácter genuino o instrumental de las conversiones carcelarias. Es la distinción que los mismos reclusos plantean entre los "los que buscan verdaderamente a Dios" y los "cachivaches". Queda por señalar que este artículo se inscribe en un proyecto de investigación[1] que cuenta hasta el momento con un corpus de 17 entrevistas en profundidad a miembros de los pabellones evangélicos del sistema penitenciario bonaerense, a ex convictos que hayan compartido estos espacios, directores, capellanes, trabajadores sociales y pastores relacionados con el mundo carcelario.

1. Figuraciones carcelarias: crisis, violencia y sobrepoblación

En términos generales, las instituciones suelen entrar en crisis cuando pierden autonomía frente a los asuntos externos e internos que delimitan su campo de acción. Los primeros refieren al modo en que son traducidas las presiones del entorno en su propio funcionamiento, es decir, a la gravitación del afuera y a la capacidad de lidiar con sus demandas. En contrapartida, los asuntos internos tienen que ver con las posibilidades con las que cuenta para definir hacia adentro situaciones sociales de interacción sobre la base de sus propios recursos. En este sentido, y siguiendo una tendencia dominante en América Latina, el Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB) presenta una fuerte crisis en ambos frentes. En un contexto de sobrepoblación y escasez de recursos, la institución se retira parcialmente y cede espacios de gobierno a los mismos internos; interviene, sobre todo, para fijar límites a través del uso de la violencia

[1] El titulo del proyecto en curso es "El desarrollo del pentecostalismo en las cárceles. El caso de las unidades carcelarias de la Provincia de Buenos Aires". El proyecto se encuentra a cargo del Grupo de Estudios Sociales de la Vida Penitenciaria (GESVIP) en el marco de la Universidad Nacional de Quilmes, y su director es el licenciado Rodolfo Brardinelli.

en sus versiones más visibles (requisas, castigos en las celdas de detención, abusos, maltratos e incluso torturas). Por su parte, los pabellones de población quedan librados a las lógicas que puedan darse a sí mismos en un marco de hacinamiento, descenso del promedio de edad y competencia constante entre facciones –los "ranchos"– por definir códigos y liderazgos. Se establece internamente una suerte de dialéctica de la violencia y la pacificación, es decir, un proceso cotidiano de resolución de conflictos que incluyen agresiones físicas y simbólicas con momentos de relativa tranquilidad.[2] La crisis interna del SPB es una crisis de gobernabilidad y ejercicio de la violencia, que redunda en condiciones infrahumanas de detención dentro de las cuales se violan los derechos adquiridos de los internos (Daroqui, 2002). En este marco de pérdida de autonomía y flexibilización de los límites externos e internos del SPB, a partir de 1983 comienza a crecer la presencia evangélica en las cárceles mediante un fuerte trabajo de evangelización que inicia el pastor Zucarelli en Olmos.[3] La morfogénesis de los pabellones religiosos se destaca por introducir una prolongación de las cadenas restringidas de interdependencias propias de la cárcel, generando nuevas oportunidades de poder, prestigio, competencia y autoridad; o sea, estabilizan una nueva figuración, para utilizar el concepto de Elias, donde se sintetizan elementos carcelarios y religiosos, introduciendo agentes ajenos en principio al SPB.[4] Para algunos internos representan posibilidades alternativas de acción en un espacio de relaciones más amplio; para la institución es una forma entre otras de responder al problema de la gobernabilidad.

El fenómeno evangélico en las cárceles ha generado dos tipos de hipótesis, relacionadas fuertemente con la dimensión que se pretenda priorizar del objeto y también, en un punto, con las prenociones que rondan la realidad estudiada, de manera muchas veces inconsciente para el mismo investigador. La primera de ellas es la hipótesis que llamaremos de la "sujeción religiosa". Aquí, prevalece la perspectiva institucional y en cierta medida funcionalista desde el momento en que la pregunta dominante refiere a las estrategias de gobierno que despliega el SPB para conservar el orden intramuros, delegando el ejercicio del control, la violencia y el seguimiento cotidiano en el sistema de organización evangélico. Se lleva adelante, para estos estudios (Daroqui *et al*., 2009: 12; Andersen y Suárez, 2009), una "estrategia de terciarización" donde el "régimen evangelista" se articula con el penitenciario en términos de efectos de poder, produciendo "la anulación de la voluntad por lo tanto un 'proceso' violento hacia la neutralización e incapacitación del sujeto". La religión sería la continuación de la disciplina y los abusos carcelarios por otros medios. Estas inves-

[2] En esta línea, los acontecimientos de mayor escala en términos de suspensión de reglas, ejercicio informal de la violencia y visibilización de reclamos, son naturalmente los motines. Pero estos tienen un costo muy alto para los reclusos, los guardiacárceles y los directivos de la institución.

[3] Uno de los hitos del ministerio carcelario es la creación en 2002 de un penal enteramente poblado y dirigido por evangélicos: la Unidad 25, Cristo La Única Esperanza, de Lisandro Olmos. El trasfondo de este caso, sin duda más extremo y excepcional, es la formación de distintos tipos de "pabellones evangelistas", que representan, siguiendo a Brardinelli (2007), un número que va desde el 30% para los más precavidos hasta el 50% en las lecturas más optimistas, de las 39 unidades carcelarias del SPB.

[4] Este es el caso de los pastores externos, las iglesias que representan y otras con las que compiten, el apoyo y las donaciones de las fundaciones o el interés de las federaciones en el desarrollo del fenómeno.

tigaciones no plantean interrogantes vinculados, por ejemplo, al sentido de las prácticas (del diezmo o la oración), las resistencias a las sanciones, la refiguración de símbolos y discursos previos y posteriores al Evangelio, los modos rituales de construcción de la realidad o las negociaciones que se emprenden ante el anclaje identitario del cristianismo. Se asume de manera implícita que los presos elegirían obedecer como parte de una elección racional, un cálculo, para alcanzar mejores condiciones de vida en un medio hostil. La propuesta del "Evangelio" aparece entonces como la cáscara, la superficie del asunto, mientras que el carozo, que explica la dimensión motivacional de las adhesiones, se agota en cuestiones de supervivencia. Es curioso que esta lectura de marcada impronta estructuralista presente afinidades con la mirada de los capellanes católicos con respecto a la pérdida de libertad que sufren, en su opinión, los reclusos que se convierten a la "secta" evangélica dentro del penal. En las antípodas de la hipótesis de la "sujeción religiosa" nos encontramos con la perspectiva del "cambio total". Si en el primer caso se afianza un análisis que explica el crecimiento religioso en las cárceles como un cambio de afuera hacia adentro, es decir, como una continuación de la violencia carcelaria bajo un régimen evangélico que opera sobre el cuerpo y el alma del recluso, en el segundo caso las explicaciones adoptan el camino inverso. La religión aparece como un refugio del mundo carcelario, como un modo de revertir las condiciones hostiles de los pabellones sobre la base de un cambio que va de adentro hacia afuera, que empieza por la conversión espiritual afectando positivamente las distintas áreas del mundo de la vida de los internos: el vínculo con los otros, la resolución pacífica de los conflictos, el acuerdo consensuado con las autoridades, la distribución y circulación de recursos comunes, la organización del tiempo y el espacio en las actividades diarias, la resignificación del pasado y la recuperación de una idea de proyecto, la restitución del vínculo con la familia etc. El cambio total culmina con la reinserción de la persona afuera de la cárcel, a través de instancias intermedias de contención que ofrecen las iglesias como, por ejemplo, el Centro Cristiano Nueva Vida, del pastor Prein. A fuerza de focalizarse en la perspectiva émica del creyente, a veces compartida también por el mismo investigador, esta lectura tiende a sobredimensionar estrictamente la motivación religiosa, convirtiéndola en la principal dimensión explicativa del fenómeno. Se pierde en parte la comprensión situacional del objeto, o sea, el contexto de producción de la creencia, así como la diferencias entre las distintas formas de pertenecer y habitar el espacio religioso; en una palabra, se asume que todos los creyentes son como el pastor o los siervos dentro y fuera de los pabellones evangélicos.

Entre las hipótesis de la sujeción religiosa y el cambio total, existe una línea de estudios de corte antropológicos relacionados fundamentalmente con la academia brasileña, que se proponen comprender, entre otros aspectos, las formas de elaboración del crimen (Segato, 2001), la conversión como proceso estratégico (Lenita Scheliga, 2005) y los mecanismos de adaptación-resistencia que ponen en juego las sociabilidades religiosas, como uno de los pocos recursos con los que cuentan los internos (Ordóñez, 2005). En esta misma línea podemos reconocer en la academia local los estudios de Brardinelli (2007) orientados a construir una tipología de los pabellones evangélicos, que contemple el vínculo entre religión y derechos humanos, las investigaciones de Daniel Míguez (2008) en torno a la cultura del delito y una serie de tesinas de grado (Vallejos, 2008; Fortín *et al.*, 2009) que investigan la presencia evangélica en diferente penales –la Unidad 25, en Olmos, la cárcel de mujeres Nº 33, en Los Hornos, y la Unidad 27 de Villa Cacique–. A continuación nos proponemos reconstruir, sobre la base de una primera etapa del trabajo de campo, las coordenadas generales de los pabellones cristianos. Nos referimos a las coordenadas generales para hacer foco en los aspectos que podemos reconocer transversalmente en distintos pabellones, a sabiendas de que estos de ninguna manera son iguales entre sí y presentan numerosos matices que los mismos actores reconocen cuando distinguen, por ejemplo, entre los pabellones "cachivaches de refugiados" y los que realmente buscan a Dios. De esta manera, conscientes de la singularidad de cada espacio, pero focalizados en lo que ellos tienen en común, exploraremos la morfología general de los pabellones y los modos de habitarlos que se estabilizan, es decir, las formas de pertenecer y ocupar un espacio carcelario-evangélico.

2. ¿Qué significa habitar los pabellones evangélicos?

Hemos podido observar, de manera más analítica que empírica, y apoyados en la bibliografía especializada, que el SPB es una institución total en crisis y que la crisis se expresa en parte en la dificultad para establecer límites externos y definir situaciones sociales hacia el interior del establecimiento. Por ambos frentes se impone la presencia evangélica, extendiendo las cadenas de interdependencia de la cárcel potenciadas por las figuraciones religiosas y los nuevos agentes que introducen en escena. Esto se traduce en la génesis, la continuidad y a veces la ruptura de pabellones de conducta orga-

nizados sobre la base de un sistema de jerarquías y ordenamientos espirituales. Veamos, a partir de entrevistas en profundidad realizadas a internos de diferentes pabellones cristianos y las posiciones dentro de los mismos, la dimensión morfológica que integra la experiencia del pentecostalismo en las cárceles. Podemos adelantar que, como iglesias en miniatura, los pabellones habilitan espacios negociados de pertenencia en los que se configuran posiciones marginales, periféricas, intermedias y otras duras en términos de autoridad y compromiso interno. El sentido de esta clasificación sobre las formas de creer y pertenecer se irá aclarando a lo largo del artículo.

Comencemos con la siguiente pregunta: ¿cómo se construye una definición exitosa de la realidad –en el sentido de creíble, sustentable, socialmente reconocida– dentro de una institución total en crisis? Los pabellones evangélicos ofrecen, en su mayoría, una respuesta a este interrogante, a través de un doble juego de ruptura y recuperación de elementos propios del medio, que son recombinados con el objeto de producir una definición alternativa de la experiencia carcelaria. Esta definición depende de soportes específicos relacionados con el uso del tiempo a partir de momentos de oración ("primicias" y "atalayas"), cultos y lectura de la Biblia ritualmente segmentados, el trabajo en actividades colectivas (limpieza, cocina, etc.) y personales (trabajo o estudio), la aceptación de una estructura jerárquica con un régimen de premios, sanciones, ascensos y amenazas de expulsión, la disponibilidad de marcadores identitarios que se plasman en el cuerpo, el lenguaje, la vestimenta, y la convalidación intersubjetiva de un mundo espiritual. El punto cero del proceso de construcción de este subuniverso carcelario-evangélico es la diferenciación con otros pabellones organizados en torno a criterios específicos, como los pabellones de conducta, de estudiantes, de residentes, los llamados de "refugiados", para ex miembros de las fuerzas policiales o internos cuyas causas –de violación, por ejemplo– amenazan su vida, los pabellones católicos en los que aparece la devoción a San Expedito, la Virgen o el Gauchito Gil y, por sobre todas las cosas, la diferenciación que se establece con los pabellones de población general. Ellos representan la posición marginal del discurso evangélico, es decir, el afuera, el límite exterior sobre el cual se construye un universo de referencias habitado por figuras negativas que confrontan la identidad del grupo con propuestas rivales de definición de la realidad y de uno mismo.

> Se peleaban por bronca de la calle, por broncas de ahí adentro, porque le gustó la zapatilla de uno. Porque ahí adentro es otra

> vida, es otro mundo y ahí adentro digamos que es la ley del más fuerte y uno se tiene que hacer, tiene que sobrevivir ahí adentro, porque uno quiere ser más que el otro y siempre hay amistad, hay grupos, hay de 10, 15; ellos le llaman ranchadas, son como 10 personas que vendrían hacer como una familia, ellos juntos si tienen que chocar con otras personas se pelean, puede acontecer que haya un muerto. Muchas cosas pasan o lastimados mal, rompidas de panza y ya pierden un ojo, un fuelle, muchas cosas muy fuertes (Mariano, ex miembro del núcleo duro del pabellón).

En la definición evangélica de la realidad que ofrecen las entrevistas, lo primero que se deja afuera, o sea, lo primero que emerge como exterioridad constitutiva de la propia identidad es la cultura "tumbera" de los pabellones de población general. Así como las iglesias de la calle plantean una ruptura con las "cuestiones del mundo" ajenas a los valores cristianos, en el universo carcelario-evangélico la posición de marginalidad condensa, a veces como caricatura, los rasgos sobresalientes de la vida en los espacios de población: la violencia (choques, peleas, broncas), el peligro de muerte y enfermedad, la provocación constante, la necesidad de "pararse de manos", la pertenencia y defensa de la "ranchada", la circulación de drogas y "pajaritos", la lucha por la comida, la falta de respeto con la familia o la mujer de otro. En fin, este es el sistema de referencias marginales sobre el que se busca afirmar una realidad alternativa-religiosa que tenga como eje fundante la pacificación del territorio; esto significa, como punto de partida, la ausencia o disminución de los conflictos físicos, con el consecuente desarme (facas, púas y otras armas caseras) de los pabellones o, en su defecto, la concentración de estos medios en las autoridades internas.

Ahora bien, la pacificación lograda por medios religiosos reubica al interno en otro espacio de reglas y referencias que afectan –siempre en distintos grados– la conducta así como los usos del tiempo, el cuerpo y el lenguaje. En este sentido, la morfología de los pabellones evangélicos delimita una forma de habitar y pertenecer al grupo que denominamos, siguiendo investigaciones previas,[5] con el término de periferia. Las posiciones periféricas lindan con las posiciones marginales, solo que ellas ocupan el límite interior. Tienen que ver con una forma distanciada de pertenencia que negocia con los marcadores identitarios y las reglas colectivas que se ponen en juego. En el pabellón cristiano, en tanto pabellón de conducta, hay un uso reglado del tiempo, que consiste en momentos uniformes de levantada, oración, trabajo y lectura de la Biblia; también la utilización del cuerpo y del lenguaje apunta a romper

[5] Nos referimos a la tesis de Damián Setton (2010) sobre Jabad Lubavitch, a nuestro estudio sobre mega-iglesias (Algranti, 2010) y al análisis comparativo que llevamos adelante entre ambas instituciones (Algranti y Setton, 2010), para ampliar y complejizar las formas de pertenencia religiosas.

con los modelos de población general. Es por eso que la vestimenta tiende a ser más cuidada, predomina el pelo corto, la higiene personal, el modo de caminar y desenvolverse en el pabellón, evitando provocaciones, gritos, insultos y, por supuesto, referencias tumberas sobre lugares y personas ("cobani", "gorra", "mulo", "rancho"), que son sustituidas en parte por expresiones cristianas ("celador", "hermano", "espiga", etc.). Habría en principio una prohibición estricta en el consumo de alcohol, drogas y cigarrillos. Los creyentes periféricos tienden a distanciarse y a negociar con algunas de estas reglas, relacionadas con la presentación de sí, el modo de hablar y vestirse y la práctica clandestina de ciertos hábitos, como fumar, armar "pajaritos" o, incluso, cigarrillos de marihuana y otras sustancias a escondidas. El punto de inflexión en torno al cumplimiento de las normas tiene que ver con la obediencia y el respeto a las autoridades religiosas del pabellón y al modo en que organizan la vida cotidiana de los reclusos.

> Yo no estoy convertido, no estoy convertido, porque yo fumo, tengo mente así, mente podrida vamos a decir, tenés pensamientos malos, buenos, yo no estoy convertido. Convertido estás cuando uno deja todas las cosas, va a la iglesia, deja de fumar, deja las vanidades [...]. Creo en Dios, pero convertido es cuando dejás todas las cosas que vos querés, las cosas carnales, viste que el espíritu y la carne siempre van a estar peleados porque vos vas a querer hacer las cosas carnal, no espiritual (Carlos, ex miembro periférico del pabellón).

Es posible participar de la periferia de los pabellones evangélicos sin estar convertido, es decir, aceptando a Dios, haciendo conducta y respetando la estructura de jerarquías internas, pero conservando al mismo tiempo una actitud distanciada frente a los marcadores identitarios de los "hermanitos". Para las posiciones más altas de los cuadros medios y el núcleo duro, la periferia es un espacio donde "Dios trata con la persona", con sus dificultades y conductas, con los viejos hábitos que traen del "mundo". Por eso las reglas se vuelven más plásticas, flexibles, porque el creyente atraviesa un proceso de acercamiento al "Evangelio" en que la conversión puede ocurrir o no. La posición periférica se expresa internamente en las figuras del "limpieza", el "obrero" o el "colaborador", todas ellas tienen en común el hecho de ocupar el escalafón más bajo de los pabellones, realizando tareas de mantenimiento (de la organización cotidiana así como de los cultos y celebraciones) en las que no cuentan con personas a cargo, ni manejan recursos. Podríamos encontrar más diferencias que analogías con la posición

de "mulo" dentro de los pabellones de población general, aunque la comparación tiene cierto grado de validez. Los sectores periféricos son denominados en algunas entrevistas como "pueblo" o "hermanitos", para referirse genéricamente a los creyentes que están a medio camino entre el convencimiento y la conversión a la vida religiosa. Si bien no podemos profundizar en este aspecto, de acuerdo a nuestro corpus de entrevistas, la periferia representa el sector más crítico respecto a los problemas del pabellón, fuertemente relacionados con una doble moral de los líderes que incumplen con las reglas que promueven. La distinción entre el "ser y el parecer" ocupa un lugar central en el sistema de clasificación carcelario. En este sentido, también es interesante señalar que la periferia combina, aunque no sin tensión, las creencias evangélicas con entidades y símbolos de otras religiones, como santos católicos y divinidades afrobrasileñas. Es posible que la mayor parte de los pabellones evangélicos –que oscilan en términos generales entre 25 y 70 personas– estén compuestos por una población predominantemente periférica de "limpiezas", "obreros" y "colaboradores". Ellos aceptan y participan de la definición evangélica de la realidad, colaboran en sus actividades, asisten a los cultos, a las reuniones de "espiga" y trabajan en las tareas asignadas. Sin embargo, conservan rasgos propios de las posiciones marginales: fuman, mantienen creencias de otras religiones, utilizan lenguaje carcelario y no están interesados, por ejemplo, en el "proceso de elevación", o sea, en asumir nuevos roles y responsabilidades dentro de la jerarquía evangélica.

Ahora bien, la morfología de los pabellones cristianos construye un espacio de relaciones sociales donde no solo se estabilizan posiciones marginales y periféricas. Al igual que en los templos y en otras organizaciones religiosas, la vida en grupo depende del trabajo semiprofesionalizado de un cuerpo de creyentes comprometidos que desempeñan funciones intermedias en la división del trabajo social. Esta es la posición de los cuadros medios, o sea, de aquellos agentes que, habiendo incorporado el universo de reglas y referencias disponibles, se vuelven auténticos garantes del orden establecido y de la definición de la realidad que este supone. Su posición es intermedia porque las oportunidades disponibles para la acción y la promoción dependen de otras personas con cargos más altos, pero cuentan, a su vez, con la capacidad de decidir sobre los miembros periféricos. En los pabellones cristianos, esta posición corresponde a los llamados "obreros de pieza" o "líderes de espiga". Ellos son los creyentes que tienden a incorporar los marcadores identitarios y el sistema de reglas evangélico sobre los hábitos, la vestimenta, el lenguaje, los usos del cuerpo

y las creencias; es decir, que rompen –en principio totalmente– con los códigos de la población general y hacen suya la propuesta cristiana, asumiendo mayores responsabilidades. No son los "convencidos" de la periferia, sino los que asumen el rito de pasaje y se convierten al Evangelio, participando del "proceso de elevación" –para usar la expresión émica– que implica el hecho de ser llamado a ocupar posiciones internas de liderazgo. Este comienza con la conducción de un grupo de internos a los que se "pastorea". Pastorear significa llevar a adelante un trabajo cotidiano de seguimiento a través de reuniones de "espiga" y charlas individuales, saber en qué está cada uno, conocerlo, compartir lecturas de la Biblia, estar atento a lo que le falta, asegurarse de que reciba recursos del diezmo colectivo si los necesita, seguir la evolución de su causa, intentar que recupere la relación con su familia si es un "pálida" –si no tiene quien lo visite–; también implica resolver verbalmente los conflictos que puedan surgir, designar tareas y colaboradores, controlar que se respeten las normas del pabellón, mantener las infracciones al mínimo y reconocer el potencial de cada uno para cumplir nuevos roles. En fin, se trata de un administrador de gratificaciones, sanciones y cuidados, un referente de autoridad que contribuye a mantener las condiciones de producción de la creencia evangélica. Sus principales espacios de ejercicio son las reuniones de espiga, con grupos de 10 a 15 personas a las que se pastorea, y la vigilia, el "atalaya" de todas las noches, durante las cuales dos líderes designados por el siervo alternan momentos de oración y lectura de la Biblia, mientras vigilan, a su vez, los movimientos de los pabellones, donde no hay encierro en las celdas, donde no hay "engome".

El liderazgo de los cuadros medios supone el aprendizaje de una ética religiosa que también es una técnica. Ambas se plasman en la apropiación de una cosmología cristiana, con sus credos, dogmas y formas de pensar, y el aprendizaje de técnicas específicas vinculadas con la oración, la lectura de la Biblia, el pastoreo y la ejecución correcta de los rituales durante el culto y las celebraciones. Uno de los rasgos distintivos de esta posición es el de las aspiraciones o intereses creados en las oportunidades de poder que habilita el régimen evangélico dentro y eventualmente fuera del pabellón. Internamente, implica la posibilidad de reconocimiento, el acceso a recursos (como el diezmo y las donaciones externas), la ampliación de las redes sociales con las fuerzas de seguridad de la cárcel y con los pastores de las iglesias que respaldan a las autoridades internas. Los entramados de contactos y conexiones ocupan un lugar central en la vida del pabellón. Les otorga, por ejemplo, la posibilidad de pedir a los directivos del

penal el traslado de los reclusos que no cumplan con las expectativas de conducta. Esto funciona como realidad, pero por sobre todas las cosas funciona como una amenaza implícita; es la máxima sanción que puede recibir un interno en los pabellones evangélicos.[6]

Existe, por último, una cuarta posición dentro de los pabellones cristianos que, en homología con las iglesias, corresponde a lo que podemos denominar como "núcleo duro". Esta posición representa una posible forma de habitar el espacio de relaciones evangélico, ocupando ámbitos de autoridad entre los internos. La autoridad del cargo reúne condiciones objetivas y subjetivas. Las primeras, siguiendo a Wright Mills (2005: 110-111) en su estudio clásico sobre las élites, tiene que ver con la acumulación de ventajas, es decir, oportunidades objetivas de poder y prestigio que construyen los círculos de sociabilidad de dirigentes sobre la base de redes ampliadas que los conectan con otros espacios de influencia. Las condiciones subjetivas, en cambio, refieren a las disposiciones psicológicas, la confianza, la seguridad, la determinación para ocupar lugares de liderazgo y estar dispuestos a hacer lo que haga falta por conservarlos. Podemos decir que en los pabellones evangélicos, el núcleo duro se encuentra compuesto por las figuras –generalmente denominadas "siervo" y "con-siervo"–. También es preciso reconocer que cuando la cadena de interdependencias se amplía y diversifica tienden a cristalizarse nuevos roles dentro del entramado social. Este es el caso, por ejemplo, de los nombramientos de "ministros" y "diáconos" en la Unidad 25, la cárcel iglesia "Cristo la única esperanza". Volviendo a la cuestión de las condiciones subjetivas, es interesante señalar que el neopentecostalismo refuerza y capitaliza a los líderes locales. Por eso no es extraño que el núcleo duro comprenda, en algunos casos, a antiguos jefes de "ranchada" que antes ejercían el liderazgo de "mala manera", para "defender lo mío", como explica Mariano, un ex siervo de la Unidad 23, al hablar de la violencia y el maltrato en los pabellones de población general. Es posible trasladar las disposiciones individuales de un espacio a otro, reconvirtiendo la autoridad carcelaria en autoridad religiosa. Aquí el carisma, en las dos formas en las que lo distinguía Weber, relacionadas con los atributos personales y de oficio, inviste de autoridad al líder con el soporte simbólico de lo sagrado, reforzando, sacralizando, las posiciones dominantes de la cárcel.

Si pensamos ahora en las condiciones objetivas del núcleo duro, o sea, en las oportunidades de poder que representa ser un siervo o un con-siervo, nos encontramos con la acumulación de ventajas, propias de un entramado social más amplio, y también

[6] Los contactos les permiten participar de un régimen de circulación de recursos relacionados con la iglesia que los apadrine. Los cuadros medios, es decir, las figuras de los obreros de pieza o líderes de espiga, ocupan una posición en la morfología evangélica que es inseparable de ciertas aspiraciones de ascenso al círculo del núcleo duro que gobierna la vida del pabellón. En este sentido, y a diferencia de la periferia, el discurso de los líderes que emerge de las entrevistas tiende a desdibujar los conflictos y a acusar en todo caso al "pueblo" de mantener conductas marginales propias de la población general.

con el modo en que ellas son capitalizadas hacia adentro. Las ventajas remiten fundamentalmente a la capacidad mediadora y de gestión que implica el trabajo de los siervos. Recordemos que ellos mantienen un vínculo exclusivo con los pastores externos que respaldan su cargo, les suministran recursos (biblias, comida, ropa, remedios, entretenimiento –películas, música, libros–, materiales de enseñanza), pueden realizar trámites y averiguaciones sobre sus causas y en algunos casos funcionan como intermediarios con las familias de los reclusos. Es también el núcleo duro el que evalúa individualmente a cada interno y decide quiénes están en condiciones de ser líderes, o sea, de iniciar un "proceso de elevación". En sentido contrario, cuentan con la capacidad de pedir y conseguir traslados para los que no cumplen con las reglas gracias a las relaciones que se estabilizan con las fuerzas de seguridad del penal.

Por último, podemos mencionar el manejo y la administración de los recursos –básicamente alimentos, pero también productos de aseo personal– que diezman los creyentes y que consiguen a través de sus familias. Este recurso colectivo es monitoreado, no sin tensión y conflicto, por los siervos. La acumulación de ventajas no supone una impunidad total. Muy por el contrario, implica un juego cruzado de responsabilidades y vigilancias en que las posiciones medias y periféricas exigen que las autoridades reproduzcan los marcadores identitarios, las reglas, las normas y los valores que predican. En nuestro corpus de entrevistas la diferencia entre "el ser y el parecer" sobresale como un sistema informal de clasificación desde donde se confirma o deslegitima la autoridad evangélica de las posiciones dominantes. Un siervo o líder "cachivache" es aquel que hace un mal uso de las ventajas objetivas: se apropia recursos del diezmo, conserva armas caseras, abusa del monopolio de la capacidad de expulsión, consume drogas o "pajaritos", le preocupa más su vínculo con la policía que con los reclusos y monta una puesta en escena para los pastores externos. La deslegitimación que acarrea a veces el mal ejercicio de las funciones puede derivar en choques internos e incluso en la ruptura, o sea, el desarme del pabellón cuando los mecanismos religiosos de gobernabilidad fracasan. Cada posición o forma de habitar el Evangelio en las cárceles, ya sea que se trate de los sectores periféricos, medios o del núcleo duro, supone la reproducción –siempre parcial, negociada– de un conjunto mínimo de hábitos, reglas, valores y conductas sobre los cuales se construye intersubjetivamente una definición alternativa de la realidad. Por debajo de este subuniverso de normas y creencias se plantea el problema de la autenticidad religiosa.

Conclusiones. Reflexiones sobre la autenticidad

En un medio cultural históricamente católico, como es el caso de la Argentina, las prácticas y las creencias evangélicas suelen producir un efecto de extrañamiento que suscita la pregunta inmediata por la autenticidad de la creencia. El rito de pasaje que supone la conversión, en términos de cambio religioso y adhesión a un nuevo culto, sumado a una poderosa ética intramundana que se propone realizar la religión en el mundo y no fuera de él, mezclándose con las distintas esferas de la vida social, genera una cierta desconfianza sobre el carácter genuino o impostado, secretamente instrumental, de la fe evangélica. Esta prenoción o zoncera aparece, a veces de manera explícita, otras veces de manera sublimada, en el discurso mediático, aunque también es posible rastrearla en investigaciones académicas y en el modo en que los mismos creyentes se juzgan entre sí. Llevada al mundo carcelario, esta valoración se plasma en la siguiente pregunta: ¿viven los internos un cambio espiritual desde adentro que los lleva a mejorar sus condiciones de vida sobre la base de la religión, o aceptan cínicamente y desde afuera la performance evangélica para gozar de los beneficios de un pabellón pacificado, que presenta nuevos espacios de poder?

Para la sociología no existe la distinción implícita entre el adentro y el afuera en las formas de producción social de las creencias; hábitos y experiencias numinosas, forma y contenido, son indisociables. En todo caso, la pregunta por la autenticidad es una pregunta por los usos de la autenticidad en el discurso evangélico-carcelario. Y es aquí donde cobran importancia las distintas formas de habitar los pabellones cristianos. Siguiendo a Bourdieu (2007: 9-10), las posiciones marginales, periféricas, medias y duras configuran un espacio de puntos de vista, donde la manera de pertenecer y relacionarse con el Evangelio depende del lugar que se ocupe. En este sentido, la definición exitosa de la situación social, con el sentimiento de realidad que la acompaña, es el resultado del trabajo conjunto de obreros, líderes y siervos, que permiten introducir variaciones religiosas del contexto carcelario. Ahora bien, las posiciones señaladas son complementarias, pero a la vez rivales entre sí. Por eso el discurso de la autenticidad funciona internamente para respaldar o deslegitimar actitudes individuales. Por ejemplo, desde la posición marginal de los pabellones de población, los "hermanitos" son vistos como "refugiados", o sea, como internos que no podrían sobrevivir a la dureza del medio carcelario sin la religión. Dentro de los pabe-

llones cristianos, los creyentes periféricos mantienen una postura crítica y controladora de las autoridades, atenta a la doble moral que pueda surgir de líderes y pastores que no cumplan con las reglas que imponen. A su vez, las posiciones medias y duras cuestionan la actitud distante de la periferia que negocia los marcadores identitarios que propone el Evangelio. En este espacio de puntos de vista, como en cualquier otro, la autenticidad es fundamentalmente un problema de posición, es decir, un problema relacional. Por eso los estudios sociológicos sobre la religión en las cárceles deberían, en principio, evitar las referencias genéricas al creyente evangélico y ver en todo caso desde qué lugar se habita el pabellón y cuál es la composición de este. Analizar si se trata de pabellones con una población mayoritariamente periférica y en parte marginal, sin cuadros medios consolidados y con un núcleo duro débil, o si, por el contrario, las posiciones medias y duras se encuentran afianzadas, generando nuevos roles y espacios de contención para los periféricos, como es el caso de la Unidad 25. Es probable que el peso específico de cada una de estas posiciones, como puntos de intersección donde se moldea la subjetividad carcelaria-evangélica, contribuya a definir las dinámicas internas de los pabellones, ya sea que se disuelvan y se dispersen en el SPB o que logren proyectarse hacia adentro y hacia afuera de una institución total en crisis.

Referencias y bibliografía general

Algranti, J. (2010), *Política y religión en los márgenes: nuevas formas de participación social de las mega-iglesias evangélicas en la Argentina*, Buenos Aires, CICCUS, "Morfología interna de las mega-iglesias: una estructura en movimiento", pp. 93-133.

—— y D. Setton (2010), "Analyse de la périphérie institutionnelle dans le cadre des organisations religieuses. Étude comparative sur les formes d'appartenance dans les champs religieux judaïque et néopentecôtiste à Buenos Aires", *Revue Horizon Sociologique*, Nº 3, Québec, UQÀM, Faculté des Sciences Humaines-Département de Sociologie, pp. 1-19.

Andersern M. y A. Suárez, Agustina (2009), "El Espíritu Santo es el que gobierna: los pabellones evangélicos y la terciarización del gobierno carcelario", V Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Airea, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Bourdieu, P. (2007), *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, "El espacio de los puntos de vista".

Brardinelli, R. (2007), "Religión y Derechos Humanos en los penales bonaerenses", XIV Jornadas de Alternativas Religiosas en América Latina, Buenos Aires, ACSRM, septiembre, CD-ROM.

Daroqui, A. (2002), "La cárcel del presente, su 'sentido' como práctica de secuestro institucional", en Gayol, S. y G. Kessler (comps.), *Violencia, delitos y justicias en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, Universidad Nacional General San Martín.

—— *et al.* (2009), "Dios agradece su obediencia: la 'terciarización' del gobierno intramuros en la cárcel de Olmos", XXVII Congreso ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología), Buenos Aires, Argentina, CD ROM.

Fortín, P., P. Machiavello y J. Paulucci (2009), "La influencia del discurso evangélico en la Unidad 37 de Villa Cacique Bárker", tesis de licenciatura en Comunicación Social, Buenos Aires, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

Goffman, E. (2004), *Internados. Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, "Sobre las características de las instituciones totales", pp. 15-118.

James, W. (1996), *Las variedades de la experiencia religiosa. Estudio de la naturaleza humana*, Barcelona, Planeta-Agostini, "Conferencia II: La realidad de lo no visible", pp. 51-69.

Lenita Scheliga, E. (2005), "Trajectórias religiosas e experiências prisionais: a conversão em uma instituição penal", *Religiões e Prisões*, Nº 61, Río de Janeiro, ISER, pp. 75-86.

Míguez, D. (2008), *Delito y cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*, Buenos Aires, Biblos.

Ordóñez Vargas, L. (2005), "Religiosidade: mecanismos de sobrevivencia na penitenciária feminina do Distrito Federal", *Religiões e Prisões*, Nº 61, Río de Janeiro, ISER, pp. 30-40.

Segato, R. (2001), "Religião, Vida Carceraria e Direitos", en Novaes Regina (org.), *Direitos Humanos, Temas e Perspetivas*, Río de Janeiro, ABA/MAUAD/Fundación Ford.

Setton, D. (2010), "Legitimidades modernas y premodernas en la construcción de una identidad judía en la Argentina del siglo XXI", tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Vallejos, A. (2008), "El evangelismo pentecostal en las cárceles del Servicio Penitenciario Bonaerense", tesis de licenciatura en Trabajo Social, defendida en la Universidad Nacional de la Matanza, Buenos Aires.

Wright Mills, C. (2005), *La élite del poder*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, "Los muy ricos", pp. 95-117.

[Evaluado el 14 de mayo de 2012.]

Autor

Joaquín Algranti es licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y doctor en Ciencias sociales por la misma universidad y la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de Francia. Es profesor titular del seminario de Sociología de la Religión de la Universidad del Salvador. También se desempeña como docente en las materias Historia del pensamiento sociológico II y es investigador asistente del Conicet, dentro del área de Sociedad Cultura y Religión del CEIL-PIETTE.

Publicaciones recientes:

—— *Política y religión en los márgenes*, 2010.

—— "Réflexions sur la souffrance sociale et la religión. Une étude sur le changement de la valorisation des expériences négatives dans le néo-pentecôtisme argentin", *Socio-Anthropologie*, 2010.

—— "La religión como cultura material. Socio-génesis de los circuitos editoriales en el mundo católico y evangélico", *Horizontes Antropológicos*, 2011.

Cómo citar este artículo:

Algranti, Joaquín, "La realidad carcelaria y sus variaciones religiosas. Un estudio sobre las formas de habitar los pabellones evangélicos", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, Nº 22, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2012, pp. 27-43.